

Algunos incluso pensarán que el accidente de Marlene es como un castigo.

Si Marlene pierde su pierna se cerrará una época. La de la risa y el erotismo sofisticado. A lo mejor ya no hacían falta sus piernas. Quizá ya los seres exteriores no tienen ni necesidad de sonreír por épocas muy pasadas y superadas. Ahora tienen otras cosas que hacer y en qué pensar. Aquí dentro, sin embargo, todavía no nos ha llegado el tiempo de la risa y ni la Gámez ni las que vinieron después han tenido posibilidad para sonreírse de sus mitos; no hay transición ni se pierden las piernas poco a poco. Si algún día se deja el melodrama no habrá quien lo quiera recordar ni para reírse de él. Ese será el destino de un cine que no se ha preocupado en ir moviéndose con los tiempos.

■ DIEGO GALAN.

Luto en las filas del gay madrileño

En este lugar de fábula, en el que se secuestra hasta al gato Fé-

lix, los ahora llamados «gays», por la más avanzada avanzadilla de una Europa decadente (los otros, los no avanzados, desempolvados para hablar de ellos, viejos diccionarios y les llaman «sarasas», «muchachos ahembrados y carinifos», «cacorros» e incluso —en un asombroso alarde de erudición cuartelera— «acaponados y cazoleteros»), pueden, deben y han de estar de luto. Y esto no solamente por las vejaciones de que suelen ser objeto, ni tampoco por el ser reducidos a vivir—o a ligar, que es empezar a vivir—en guetos bien iluminados donde florece una extraña cultura de alienados. No; los «gays» madrileños han de estar de luto, además, por la coincidencia de dos hechos acontecidos en el mundo del espectáculo, de matiz ambos bastante triste.

El primero es el estreno de ese extraño engendro llamado «Los Chicos de la Banda», obra teatral (en todos los sentidos de la palabra) sobre la que no me extenderé, porque el teatro no es lo mío. Me bastará decir que es una de esas mal llamadas comedias —dramas debieran llamarse— concebidas ya en su tiempo,

—hace ya varios años— y en su lugar de origen —la nefanda Europa— para que las damas que han leído a Somerset Maugham se reúnan a tomar el té mientras descansan del peso de sus collares de perlas, y comenten lo mal que lo pasan esos chicos y lo malo que es el complejo de Edipo (fantasma extraño que en muchos hogares ha sustituido al diablo).

El segundo motivo de luto es el de la desaparición, tras algo más de un año en cartel, del «Rocky Horror Show». Esta comedia musical arrevistada —como se decía en el antedicho país de fábula cuando tal género existía y tenía una cierta calidad, hoy felizmente desaparecida gracias a los intentos de los Angeles de la Guarda por suprimir toda chabacanería, inmoralidad e inteligencia en frases y aun en piernas— poseía un innegable valor moral y se situaba en las antipodas de —por ejemplo— «Jesucristo Libertador». Es decir: la salvación no venía de un peinado Jesucristo (que suponemos muy distinto del rabino de Galilea), militante en cualquier organización ultra; nos la traía un curioso individuo llamado Frank-

burguesa, procedente de la galaxia transexual de Transilvania. Su cantactor, Alfonso Nadal, interpretaba el personaje de manera perfecta, y en un estilo años cincuenta —algo entre Frankenstein Junior y Celia Gámez—, se esforzaba —él no, claro, sino su personaje— en liberar a los habitantes de este planeta de toda traba o tabú sexual. Como es lógico —y así acaba la función— su misión se veía condenada al más rotundo fracaso.

Además del valor moral del espectáculo —que no he dudado ni un momento en recomendar a los hijos de todos mis vecinos—, la calidad musical e interpretativa de la obra era excelente: una recreación de la música pop de los cincuenta, de nuestros pelvianos Presleys y nuestras dulces Karinas, se desarrollaba en un escenario donde —también— se parodiaba con amor el cine terrorífico de la «Universal». Los actores fueron siempre excelentes: Rock excelente de Adolfo Rodríguez, surgiendo de una nevera, interpretación delirante de Raquel Ramírez, cantante y actriz maravillosa en este y en cualquier otro

del fichero de un crítico ortodoxo

TEATRO

UNA VISITA INMORAL O LA HIJA DE LOS EMBAJADORES, de Torcuato Luca de Tena.

—El ilustre académico sonríe picaramente en esta veridosa y amable comedia, de gran finura y gallardía. Adulterios y situaciones equivocadas son localizadas en la Embajada española ante la Santa Sede, con lo que el vodevil adquiere un sentido trascendente y sutilmente crítico. Autores de esta talla cultural no podían sorprender al público con nimiedades.

BUENAS NOCHES, SABINA, de Víctor Ruiz Iriarte.

—Deliciosa y finísima comedia de enredo que nos devuelve la sabiduría teatral de nuestra postguerra. Los personajes (de hoy) hablan como los de entonces y se plantean como entonces problemas de siempre. Así, volvemos a donde debimos quedarnos: a un teatro nacional donde no se

habla de truculentos problemas de importación.

SENCILLAMENTE UN BURGUES, de Françoise Dorin.

—El enorme talento stanilawskiano de ese gran actor que es Arturo Fernández (gran señor de la escena), al servicio de un vodevil, sí, pero de un vodevil que entre gorgoritos se ríe directamente de las memeces del teatro vanguardista que nadie comprende. El público ríe divertido, entendiendo siempre las complicaciones de la trama, llevándose a casa un moderno sabor de boca.

SALUDOS, de Ionesco.—Inaugurando el II Festival Internacional de Teatro se presentó un exótico grupo yugoslavo que, dando saltos, cabriolas, descendiendo al patio de butacas, intentando hablar en castellano y haciendo en conjunto un espectáculo casi incomprendible, quería transmitir un mensaje de comprensión entre los hombres. Pretenciosa, absurda y circense función que a nadie sirve y que tiene, además, el sospechoso sello de un país so-

cialista. Afortunadamente, sólo actuó un día.

CINE

BARCELONA

MANCHAS DE SANGRE SOBRE UN COCHE NUEVO, de Antonio Mercero.

—Espléndida refundición de «Muerte de un ciclista», pero sin las sospechosas ambiciones bardemianas. Al contrario, un sano ejemplo moral y cristiano para los que, dejándose llevar por el egoísmo, no saben, a tiempo, recoger un herido en la carretera. Las manchas de sangre son sobre la conciencia como desprecie, no sin meditación, el público preparado.

PELHAM, UNO, DOS, TRES, de Joseph Sargent.

—¿Cómo conseguirá la Policía detener a los secuestradores del Metro? Ambiciosa trama que mantiene el hilo expectante del espectador (y de este crítico) hasta que al final, la tranquilidad reina sobre la angustia. Muy logradas las escenas

de humor y no menos las difícilísimas escenas catacumbas del Metro. Un prodigio de entretenimiento y profundidad temática, sin molestar a nadie.

MADRID

MADRES SOLTERAS, de Antonio del Amo.

—El destino de esas víctimas de la corrupción de algunos desalmados se analiza en este filme con emoción. Un jurista depravado deja en cinta a diez inocentes muchachas, que afortunadamente recoge una doctora (también víctima del malvado) que las coloca honestamente en una boite de la Costa Fleming. La película no desprecia el análisis psicológico, y así descubrimos que la señora madre del abogado (Juan Luis Galiardo) fue también una madre soltera.

GALILEO, de Liliana Cavani.

—¿A quién le puede interesar a estas alturas el juicio y condena de Galileo Galilei? La señora Cavani no sólo no se plantea este mínimo pen-



samiento lógico, sino que, además, relata con minuciosidad de detalles dicho juicio, queriendo demostrar, sin duda, cómo se articula el pensamiento de los intransigentes; pero ello no conduce sino al aburrimiento, ya que una película histórica debe siempre tener acción.

ENCUENTRO EN MARRAKECH, de Robert Wise.

—Demostrando que las películas de amor pueden tener también su contenido profundo, aquí seguimos la historia de un desertor del Vietnam, enamorado y feliz (con bellísimos paisajes y puestas de sol) hasta que vuelve arrepentido a entregarse. Dulzura y lección moral se combinan con maestría.